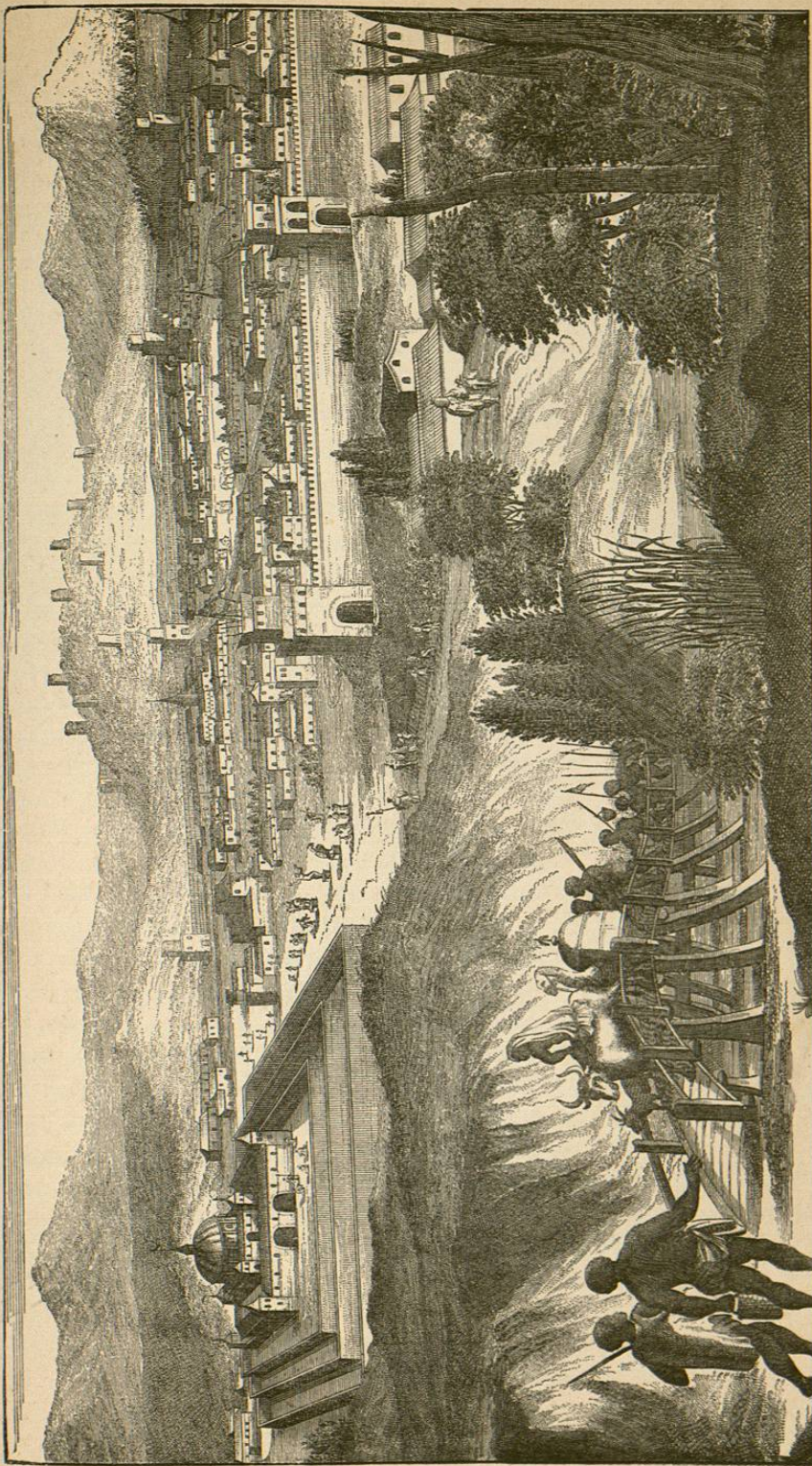


sados de las indecibles fatigas que habían tenido que sufrir, y Soto reconoció que había cometido una gran falta habiendo llevado á su gente años enteros de aquí para allá sin haber construido una sólida ciudad, desde la cual hubiese podido emprender con éxito la colonización del país. El pequeño ejército, á causa de las enfermedades y continuos combates, había disminuído en una mitad, y á ésta decidió Soto conducir hasta la embocadura del Mississippi para edificar en sus inmediaciones una ciudad. Hacia fines de abril llegaron á un gran lugar llamado Guachoya, lugar situado sobre dos eminencias y en el sitio donde emboca hoy día el Red River en el Mississippi. Los habitantes huyeron con su hacienda por el río en ligeras canoas; los españoles establecieron en aquel lugar, y en unión de los habitantes del país, cuyas simpatías se habían captado, realizaron una campaña contra Anilko, bajando por el Chukagua é incendiando aquel pueblo. Los aliados de Soto dieron rienda suelta á su crueldad contra sus enemigos, pues hasta cogían á los niños de pecho por las piernas y los tiraban á lo alto, atravesándolos con sus lanzas antes de que cayeran al suelo. A su vuelta á Guachoya empezó Soto á trazar un plano para la construcción de una gran ciudad, pero durante estos trabajos fué presa de una violenta fiebre que acabó con él en pocos días. Poco antes de morir se despidió de sus capitanes y soldados, y entregó el mando á Luis Moscoso. Soto murió el 21 de mayo del año de 1542, á los cuarenta y dos años de edad. Los españoles, temiendo que la noticia de su muerte alborotase á los vecinos pueblos, y que éstos desenterrasen al general para ultrajarle, cosa que habían hecho ya en casos análogos, diéronle sepultura por la noche. Mas no obstante tal precaución lo supieron los salvajes, y entonces los españoles lo exhumaron, construyeron un ataúd con tronco de una gran encina y sumergieron los restos de Soto en el Mississippi.

La muerte de su general puso término á todas las empresas de los españoles, pues en todos dominaba la idea de abandonar cuanto antes, y del modo más seguro, el país. Como creían que no se hallaban á gran distancia de México, decidieron irse allí, poniéndose en camino el 5 de julio desde Guachoya, haciendo largas marchas por el día hasta haber andado más de cien leguas hacia Occidente; pero al entrar en el actual estado de Texas halláronse en unos aridísimos desiertos donde los pocos indígenas que encontraron llevaban una verdadera vida nómada, habitando en unas miserables chozas de pieles, de fácil transporte, en las que hallaron otra vez carne y pieles de búfalo. Como no vieron ningún bisonte vivo, siguieron los españoles en su creencia de que los indígenas criaban una variedad de vacas, por lo que dieron á aquel país el nombre de «país de los pastores de vacas.» Penetrar más en aquellos inhospitalarios desiertos era empresa muy peligrosa, y en su vista enviaron algunos jinetes á que se



La ciudad de México después de reconstruída por los españoles

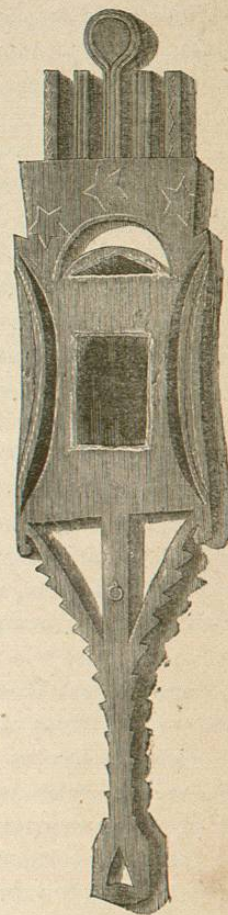


enterasen del estado del país más hacia Occidente. Los jinetes partieron en distintas direcciones, llegando probablemente hasta la frontera occidental del estado de Texas; pero sólo pudieron decir á su regreso que, cuanto más penetraban en el país, peor y más desconsolador era su aspecto.

Esta noticia arrebató á los españoles toda esperanza de posibilidad de ir á México por tierra, y decidieron regresar al Chukagua.

La entrada del invierno hacía el regreso sumamente peligroso. Los ríos, á causa de los fuertes aguaceros y nevadas, habían experimentado una gran crecida y no podían pasarse sino á costa de grandes trabajos; á esto había que agregar el constante temor al hambre al ver que sus provisiones disminuían, y además que los indios, que los acechaban constantemente, arrojaban sobre ellos verdaderas granizadas de flechas. No transcurría día sin combate; no había hombre ni caballo que no estuviesen heridos, y casi todos iban enfermos á causa de tantas penalidades. Más de uno se arrojaba al suelo y allí moría sin tener siquiera una piadosa sepultura, pues sus compañeros no tenían fuerzas para abrir una fosa. Sumamente reducidos, pues sólo quedaban ya 370 hombres, llegaron los sobrevivientes al Mississippi en los últimos días de noviembre, saludando con tal regocijo el ancho cauce del río como si allí hubiesen terminado ya todas sus miserias y penalidades.

A viva fuerza apoderáronse primero del lugar de Aminoja, que estaba rodeado de profundos fosos llenos de agua, cayendo en manos de los españoles gran cantidad de maíz, nueces, ciruelas-pasas y otros frutos. Después de haber fortificado bien el pueblo cortaron leña para construir siete bergantines con los cuales pensaban descender por el Mississippi para llegar á México. Como para su construcción tuvieron que emplear algunos meses, viéronse obligados á sufrir todos los rigores de un invierno excepcionalmente frío, en el que murieron sesenta españoles más. Apenas había pasado éste, cuando comenzaron las inundaciones primaverales del río, que retrasaron la partida. El 10 de marzo del año de 1543 empezó á desbordarse el río, ocasionando en poco tiempo tal inundación, que todo el valle del Mississippi, que tiene muchas leguas de ancho, parecía un inmenso



Espejo de los indios de Texas (existente en el Museo Etnográfico de Stokolmo)



mar, del que sólo sobresalían las puntas de las copas de los árboles y algunos puntos más altos. También el refugio de los españoles fué inundado, teniendo que trasladarse en barcas por las calles de Aminoja de una casa á otra de las que estaban situadas sobre altos postes para defenderlas de las aguas. La inundación alcanzó su mayor grado el 20 de abril, desde cuya fecha empezaron á descender las aguas, pero con tal lentitud que el 20 de mayo apenas podía aún andarse por las calles.

Cuando al fin volvió el río á su estado normal apresuraron los preparativos de la marcha, á causa de haberse confirmado un rumor que corría desde largo tiempo de que los pueblos vecinos pensaban reunirse para dar un ataque decisivo á los españoles. Y como les dijera que este ataque sería por agua mientras los españoles bajasen el río, adoptaron éstos toda clase de precauciones para defenderse de las flechas de los salvajes. En los costados de los bergantines pusieron gruesas tablas cubiertas con pieles. A fines de junio quedaron listos todos los preparativos de marcha, embarcándose cincuenta hombres en cada embarcación; para transportar los pocos caballos que les quedaban emplearon barcas, que fueron remolcadas por los bergantines.

El primer día y la noche siguiente no se vieron molestados por sus enemigos, pudiendo regocijarse con la vista del gigantesco torrente, cuyas brillantes ondas bajaban con tranquila majestad hacia el Sur; á ambas orillas veíanse inmensos bosques vírgenes. Por cuantos sitios pasaban los barcos ofrecíase á la vista de los navegantes una inmensa selva en la que la mano del hombre no había podido imprimir su huella, viéndose en ella muchas y diversas manifestaciones del reino animal. Bandadas de patos de brillantes colores, zancudas, pelicanos y rojos flamencos veíanse volando sobre las aguas de las poco profundas bahías; sobre los troncos de los árboles que arrastraba la corriente se veía al martín pescador, al negro grajo y al cormorán acechando su presa; oíase en los bosques el alboroto que armaban innumerables papagayos y cacatúas, mientras que por la azulada atmósfera volaba majestuosamente el águila de cabeza blanca. De vez en cuando se encontraban grandes y graciosos ciervos metidos en el agua hasta la mitad de su cuerpo para saciar su sed; á veces deslizábanse por la espesura la pintada pantera y el tigre de gran tamaño.

Ya empezaban á creer los españoles que se habían adelantado á sus enemigos, ávidos de su sangre, cuando de improviso vieron á la mañana siguiente ante sí una escuadra india que aguardaba la llegada de los españoles para cerrarles el paso. Más de mil piraguas, tan grandes como no las habían visto hasta entonces, se balanceaban sobre las ondas, llenas de hombres vigorosos y dispuestos para el combate, que esgrimían sus armas lanzando salvajes aullidos. Algunas embarcaciones eran tan grandes que

llevaban 25 remeros á cada lado, y además 30 guerreros. Los indígenas, arrodillados en el fondo de la piragua, manejaban unos remos de seis pies de largo. A causa de la uniformidad con que aquéllos remaban cortaban estas embarcaciones, que estaban hechas de grandes troncos de árbol, con tal rapidez las aguas, que difícilmente un caballo á todo correr hubiera podido adelantarlas. Durante sus maniobras entonaban diferentes cantos, y según eran éstos, así remaban más ó menos de prisa. El aspecto de esta escuadra india era sumamente pintoresco, pues no sólo llevaban los salvajes vistosas y magníficas plumas en la cabeza, sino que habían adornado sus armas, remos y piraguas con los más fantásticos adornos de vivos colores.

Animándose unos á otros con sus canciones guerreras, acercáronse á los españoles, arrojando sobre ellos una lluvia de flechas y dardos, y dando al mismo tiempo tan terribles gritos que hacían retemblar el espacio. Después de este primer ataque, del que costó á los españoles gran trabajo defenderse, dividieron los indios su escuadra en tres partes: la primera marchaba delante de los barcos españoles molestándoles á corta distancia, y las otras dos atacaban al propio tiempo los flancos y parte posterior de los bergantines. En estas maniobras cambiaban constantemente de lugar las piraguas, pues tan pronto iba una división delante como la otra; así es que los españoles tenían siempre ante sí nuevas fuerzas enemigas, que no les daban tiempo á reponerse. Diez días enteros duró este espantoso combate naval, en el que los españoles perdieron setenta hombres y todos los caballos.

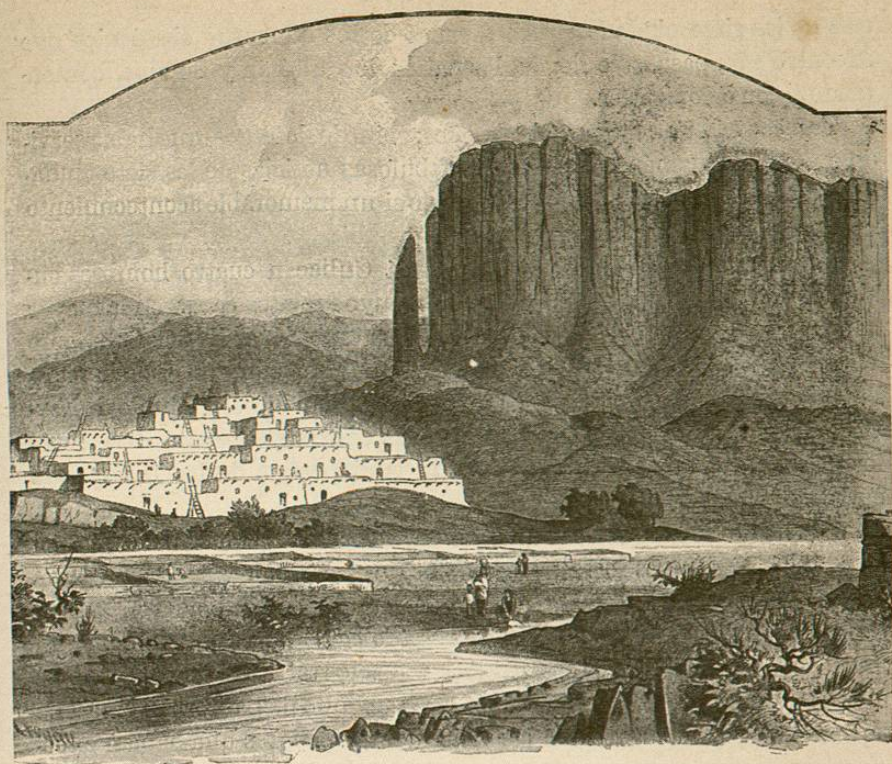
Al llegar cerca de la embocadura del Mississippí desistieron los salvajes de su persecución y volvieron triunfantes á sus países, de los que tanto se habían alejado. Los españoles comprendieron que se hallaban cerca del mar, no sólo á causa de la anchura del río, que era enorme en algunos sitios, sino por la circunstancia de que las orillas del río no estaban ya pobladas de bosque, sino de altas cañas. Pero todavía navegaron tres días más sin que cambiase gran cosa el paisaje, y al cuarto denunciaron las olas, más altas, que habían entrado en el mar. A la izquierda de la embocadura del río vieron un montón grandísimo de árboles, arrancados por la corriente durante las avenidas y que habían sido empujados río arriba por las olas del mar. Para pasar la noche anclaron en una desierta y cenagosa isla, en la que descansaron también de las fatigas de los últimos diez y nueve días y noches transcurridos en el viaje, y pudieron reponerse para los percances que les esperaran.

A falta de brújula y carta, decidieron los españoles navegar á lo largo de la costa hasta llegar á Nueva España; efectuaron esta temeraria empresa, y transcurridos cincuenta y tres días, en los que abundaron toda clase de peligros y privaciones, llegaron á las colonias del Panuco y desde allí



se dirigieron á México, donde el virrey Mendoza recogió á estos infelices, hambrientos y casi desnudos, pues sólo iban cubiertos con pieles. Apenas quedaban 300 hombres de aquel lucido ejército que había salido con Soto á la conquista de La Florida; los esqueletos de los demás blanqueaban en los bosques y praderas de los lejanos países que habían recorrido por espacio de tres años en busca de oro y riquezas.

Los espantosos relatos que hicieron acerca de los profundos pantanos y espesos bosques de La Florida, así como de sus belicosos habitantes, consiguieron que, después de la expedición de misioneros franciscanos y de otra emprendida el año de 1561 por Angel de Villafañe, que tuvieron también un fin desastroso, los países situados entre el bajo Mississippi y el Océano Atlántico, que eran conocidos por el nombre de La Florida, no volviesen á ser objeto de conquista ó colonización por parte de los españoles. Es más: el 23 de septiembre del año de 1561 apareció un real decreto que prohibía terminantemente toda clase de empresas á La Florida, á fin de que no fueran sacrificadas más vidas ni riquezas á la conquista de este país.



Vista de Zuñi, aldea de los indios de Pueblo (Dibujada del natural por Rodolfo Cronau.)

#### CAMPAÑA DE CORONADO CONTRA CIBOLA Y QUIVIRA

Poco después de la caída de la orgullosa ciudad de Tenochtitlán dirigieron los españoles con avidez sus miradas á aquellas comarcas que lindaban por el Norte con los países de los aztecas. Corría el año de 1530 cuando Núñez de Guzmán, gobernador de Nueva España, obtuvo por medio de un indio natural del país de Tegos (Texas?) la primera y obscura noticia de un gran reino titulado *Cibola*, que lindaba con su país natal y poseía siete grandes ciudades que podían compararse en riqueza y extensión con México. El viaje hasta allí duraba cuarenta días, teniendo, para ir, que atravesar grandes desiertos, situados entre el golfo de México y el mar del Sur. Aseguraba el indio que en las siete ciudades había calles enteras habitadas exclusivamente por trabajadores de oro y plata.

Guzmán, vivamente exaltado por estas noticias, organizó en seguida un ejército compuesto de 400 españoles y 20,000 indios para penetrar en el